

pasado á segundas nupcias con Carlota de Borbon, hija del duque de Montpensier, viuda de Teligny, hijo del almirante de Coligny, asesinado la misma noche que su padre. Mediaba además la consideracion, de que siendo el duque de Anjou príncipe jóven, de poca experiencia, y menos que mediana capacidad, seria dirigido naturalmente por el príncipe de Orange, quien conservaria de hecho el supremo poder, aunque no el título de supremo gobernante.

En el tratado de la confederacion de Utrecht ya habia puesto el príncipe los cimientos del edificio que pensaba levantar, haciendo que se omitiese el nombre del rey, cuya autoridad ni se reconocia ni se desechara. No tardó mucho despues de este acto en convencer á los Estados de la necesidad de dar un paso mas para salir de aquella situacion equívoca que los exponia á tantos embarazos. Fácil le fué hacerles ver, que no pudiendo en el estado en que se hallaban llegar á una reconciliacion sincera con el rey de España, era ya lo mas seguro para ellos romper para siempre los vínculos que con él los unian, llamando á otro señor, á favor de cuya poderosa proteccion saliesen vencedores en la lucha. Les designó la persona del duque de Anjou como de mucha importancia para ellos por sus inmensos bienes, por sus poderosas relaciones en Francia, por el favor de que disfrutaba entonces con la reina de Inglaterra. Dieron oido los Estados á razones é insinuaciones tan hábilmente presentadas. En agosto de 1580 se reunieron en Amberes, y despues de algunas conferencias, decretaron: «Que por no haber guardado el rey Felipe á los flamencos los privilegios jurados, habia caido del principado de Flandes; y que por esta causa, libres ya los pueblos de la fé y obediencia que le habian jurado, elegian con todo su acuerdo y voluntad por su nuevo príncipe á Francisco de Valois, duque de Anjou, hermano del rey de Francia.» En virtud de este decreto, habiéndose reunido otra vez los Estados en la Haya, se expidió un solemne

edicto declarando lo mismo, con órden á todos los magistrados y funcionarios del pais, de prestar juramento de obediencia á dicho príncipe, de derribar las armas reales, de que desapareciesen los sellos y cualquier otro signo de soberanía del rey de España, dejando desde aquel momento de estamparse su nombre en la moneda. Y aunque esta órden encontró en un principio bastantes obstáculos, pues no todos los flamencos se hallaban de este parecer, arrastró á los menos la opinion de los mas, y unos tras de otros todos prestaron el juramento requerido.

Así quedó el rey de España despojado de derecho como de hecho del señorío de los Países-Bajos, á excepcion de las provincias donde imperaban las armas de Alejandro. Se concibe fácilmente la profunda indignacion que debió de causar á Felipe II una resolucion que sin duda no aguardaba. Objeto ya de tanto odio para él el príncipe de Orange, fué el principal blanco de sus iras. Inmediatamente lanzó contra él un decreto de proscripcion, en que despues de sacar á plaza su ingratitud, su rebelion, su apostasia y sus traiciones, se ofrecia al que le matase la suma de veinte y cinco mil escudos de oro para él ó sus herederos, concediéndole además la nobleza personal, y en caso de ser noble, el perdon de todos sus crímenes y delitos, cualquiera que ellos fuesen.

Fué en Felipe II este acto, á la par que bárbaro y atroz, una gran falta; pues no podia pensar que semejante decreto de proscripcion quedase sin respuesta. Así la tuvo muy cumplida por parte del príncipe de Orange, que en son de hacer su apologia, publicó un manifiesto contra su antiguo señor, donde no se escasearon ni el rigor de los cargos ni lo duro de las expresiones. Pocos documentos ofrece el siglo XVI mas célebres que este manifiesto. En él se vindicaba el príncipe de la acusacion de ingrato, haciendo ver que sus títulos y posesiones eran propiedad de familia, sin debérselos á Felipe ni á su padre; que si habia tomado las armas contra el señor de los Países-Bajos, era por las infracciones cometidas por éste

de los privilegios que habia jurado tan solemnemente; que habia sido súbdito de Felipe, señor de los Países-Bajos, no de Felipe, rey de España; que si las crueldades del rey don Pedro de Castilla se habian tenido por suficiente causa para que entrase á sucederle en la corona un príncipe bastardo, sin tener en cuenta los derechos de la hija del monarca asesinado, habia perdido del mismo modo el derecho de mandar en los Países-Bajos un rey que por el órgano é instrumento del duque de Alba habia cometido en el país tan inauditas crueldades. Además de tan terribles cargos, acusaba el príncipe de Orange al rey de haber asesinado á su hijo el príncipe don Carlos, y acordado los días de su mujer doña Isabel de Valois por medio de un veneno; de estar ya casado en secreto cuando su primer matrimonio con doña María de Portugal, echándole en cara otros desórdenes feos que trataba de cubrir con el manto de la hipocresía, etc. Predomina sin duda en el escrito el calor y la virulencia que son tan naturales á un ánimo ofendido. De muchos hechos no alegaba mas pruebas que los rumores esparcidos por los enemigos de Felipe. Mas si este escrito no se puede considerar como un documento auténtico de acusacion, contribuyó entonces á aumentar la odiosidad de que era objeto el rey de España. Le acogieron los Estados de Flandes con las muestras de la mas viva simpatía, y los protestantes todos con demostraciones de entusiasmo.

Poco tiempo despues de la declaracion hecha en Amberes y del edicto de la Haya, salió de los Países-Bajos el archiduque Matías (1), sumamente descontento del desaire que con el nombramiento del duque de Anjou se habia hecho á su persona. Al mismo tiempo enviaron los Estados embajadores á este último príncipe, haciéndole saber la determinacion que habian tomado. Los re-

(1) Este archiduque fué elevado á la silla del imperio en 1611, á la muerte del emperador Rodolfo, que no dejó hijos, habiendo ya fallecido tambien sin sucesion todos sus hermanos, pues Matías era el último.

cibió el duque de Anjou con bondad, y aceptó el cargo con que los de Flandes le habian revestido. ¿Qué parte habia tomado en todo esto el rey de Francia? ¿Habian obrado los estados de Flandes por sus insinuaciones, ó á lo menos con su consentimiento? Las dos cosas son posibles y aun probables, á pesar de que el rey de Francia temia mucho el comprometerse con el rey católico. Verdaderamente, la autoridad del rey Enrique III en sus Estados era muy precaria, supeditado como estaba por la liga santa, que recibia otras influencias que la suya. Por una parte no le podia ser desagradable la idea de deshacerse de un hermano, cuyas intrigas y conexiones con sus propios enemigos le suscitaban á cada paso disgustos y embarazos: por la otra debia de halagarle la influencia que sin duda por la eleccion del príncipe de Anjou iba á ejercer en los Países-Bajos. Consintió, pues, en lo que tal vez no podia impedir, en lo que debia serle útil bajo dos aspectos; mas receloso siempre de ofender á Felipe II, le envió un embajador para darle parte de sus embarazos, protestando que no habia tomado la mas pequeña parte en la declaracion de los Estados, así como no podia impedir el que su resolucion se llevase á su debido efecto. Para dar mas pruebas de su sinceridad, dispuso que no acompañasen al príncipe tropas suyas, y si que echase mano de voluntarios que sirviesen bajo su propia bandera, y fuesen pagados asimismo por su cuenta.

Al rey de España no satisficieron las protestaciones del de Francia. Mas á pesar de lo ofendido que se hallaba de este príncipe, á pesar de lo que acrecentaba su indignacion contra los Estados los refuerzos que iban á recibir del príncipe francés, aparentó quedar tranquilizado con las explicaciones de Enrique III, y no pensó en hostilizarle abiertamente. En esto se condujo con habilidad y como cumplia á su política. Dueño entonces en cierto modo de la liga santa, tenia mas medios de hacer daño al rey de Francia que por los de una guerra abierta. Recurriendo á este último extremo, concitaba contra sí

los ánimos de toda la nacion francesa, en lugar de que permaneciendo pasivo tenia ganada la generalidad, pues casi todos los católicos ardientes eran miembros de la liga.

Mientras se llevaban adelante estas negociaciones, perdió el príncipe de Orange por sorpresa la plaza importante de Breda, ciudad de su propio patrimonio. Por otra parte, el marqués de Rubais estrechaba la plaza de Cambray, poniendo cuantos medios podia para apoderarse de ella antes que llegase el príncipe francés, quien se movió de París á la cabeza de doce mil hombres de infantería y cuatro mil caballos con direccion á los Países-Bajos. Envió delante una division de cuatro mil hombres para que entrasen en Cambray; mas no pudieron conseguirlo por los esfuerzos del marqués de Rubais que de cerca la estrechaba. Con este motivo tuvo el duque de Anjou que avanzar con el grueso de su ejército. Deliberó el príncipe de Parma en su Consejo sobre si se saldria al encuentro del francés; mas por lo escaso de su fuerza entonces, que no llegaba á seis mil hombres, se resolvió levantar el sitio de Cambray, retirándose para buscar mas dichosa coyuntura. Con esto entró el duque de Anjou sin obstáculo en la plaza, donde fué recibido con festejos, con aclamaciones, y hasta con el título de padre de la patria. Mas aquí terminó por entonces la expedicion del duque de Anjou, seguido de tropas mercenarias, cuyas pagas no podia continuar por falta de recursos, y que se le iban desertando poco á poco por esta misma circunstancia. Así cuando los Estados de Flandes y aun el mismo príncipe de Orange, sabedores de su entrada en el país, le instaron á que pasase adelante y se aprovechase de su próspera fortuna, le respondió el príncipe francés que le era imposible hacerlo por falta de tropas y dinero. Sin duda contaba el duque de Anjou con hallar grandes recursos en los Países-Bajos, así como los Estados imaginaban que el príncipe francés se presentaria muy provisto de dinero y seguido de fuerzas muy considerables.

Se apoderó sin embargo el duque de Anjou, á pesar de sus apuros, de Cateau Cambresis y del fuerte de Chatelet. Mas viéndose abandonado de sus tropas, sin tener con que pagarlas, sin recibir socorros de su hermano, por no atreverse Enrique III á romper tan abiertamente con el rey de España, tomó la resolucion de marcharse á Inglaterra, esperando poderosos auxilios de la reina Isabel, con quien tenia pendiente la negociacion de matrimonio.

Es un hecho singular que esta princesa tan hábil, tan entendida en todas las materias de gobierno, tan resuelta, como lo manifestó en todo el curso de su vida, á permanecer soltera, por no partir con ninguno la autoridad, de que era tan celosa, hubiese tratado cuatro ó cinco veces de casarse, sin intencion de verificar su enlace con ninguno. En medio de su gran prudencia, cedia demasiado á los instintos de mujer, y le halagaba extremadamente la idea de ser buscada, requerida y obsequiada. Se habia creído que se desposaria con el conde de Leicester, su privado y favorito: despues le asignó la fama por esposo á don Juan de Austria, al mismo Enrique III, rey de Francia, y á otros personajes, siendo el duque de Anjou el último de sus presuntos novios. Parecia una locura el proyecto de enlace con este príncipe, veinte y un años mas jóven, que ni poseia las gracias de una persona bien apuesta, ni se hallaba adornado de un mérito ó de una ilustracion que pudiese hacerle agradable á los ojos de la reina. No dejaban de vituperar esta eleccion sus celosos consejeros creyéndola sincera; mas los hechos hicieron ver que no era para ella mas que un agradable pasatiempo. En esta segunda visita á la reina Isabel, halló el duque de Anjou la misma acogida, las mismas demostraciones de obsequio, las mismas expresiones de cariño de que habia sido objeto en la primera, sin que en medio de tantas fiestas, tantos regocijos y todo género de diversiones, se adelantase nada en el asunto de la boda. Acaso no pensaba ya seriamente en

ella el príncipe francés; mas como este segundo viaje tenia asimismo un fin político, cual era obtener auxilios de Isabel para hacer efectivo su nombramiento de príncipe y señor de los Países-Bajos, no se contentó con palabras la reina de Inglaterra, y la que tres años antes habia visto con tanta inquietud la entrada del duque de Anjou en los Países-Bajos, le proveyó ahora no solo de dinero, sino de buques y soldados con que pudiese presentarse en sus nuevos Estados con dignidad y medios de llevar adelante un proyecto en que se interesaba la política de la reina inglesa, tan deseosa siempre de arrancar á los Países-Bajos de la dominacion del rey de España.

Se despidió el duque de Anjou de Isabel, agradecido á sus favores, aunque con menos ilusiones que la vez pasada sobre el proyectado matrimonio. Se embarcó en sus navios con direccion á los Países-Bajos, y en la primavera de 1581 llegó á Amberes, donde le aguardaban los Estados, los principales personajes del pais, con el príncipe de Orange á la cabeza. Fué su entrada magnífica, acompañada de todo el aparato, pompa y esplendor, con que se empeñaron los flamencos en recibir al nuevo príncipe. Iba vestido con todas las insignias de duque soberano, como en aquellos tiempos se estilaba; y rodeado de magnates, entre el estruendo de la artillería, repique de campanas y la música de varios instrumentos, prestó juramento en manos de los Estados, de respetar las leyes y privilegios del pais, guardando en todo las cláusulas y condiciones de su nombramiento.

Fué la llegada del duque de Anjou muy bien acogida, tanto en Amberes como en el resto de los Países-Bajos. Aunque en dicha ciudad no se profesaba desde algun tiempo el culto católico, se mandó abrir en obsequio del nuevo señor un templo para los de esta comunión; rasgo de obsequio que agradó sobremanera al príncipe. Por muchos dias duraron los festejos con que se celebró su llegada á esta capital de los Países-Bajos. Mas fueron ter-

minadas tantas demostraciones de alegría con un suceso lamentable.

Producia su efecto el decreto de proscripcion, lanzado por el rey Felipe contra la persona del príncipe de Orange. Al cebo de los veinte y cinco mil escudos de oro prometidos, se agregaba el mérito contraido por un católico, en asesinar á un príncipe enemigo de Dios y de su Iglesia, acto que en aquellos tiempos pasaba por eminentemente religioso, por altamente heróico. Concibió el proyecto de asesinato un tal Anaster ó Anastro, mercader de Amberes, y aun se dice que para ello recibió sugestiones de España, y hasta cartas del rey, con oferta de ochenta mil escudos, á mas de los veinte y cinco mil que estaban prometidos. No atreviéndose Anastro á cometer el acto por sí mismo, lo encargó á un criado suyo, llamado Juan de Jáuregui, vizcaino, jóven robusto, educado, como es de suponer, en el culto católico, y enemigo mortal de los herejes. Recibió éste la comision con muestras de alegría, y al hablársele de la recompensa ofrecida por el rey á quien ejecutase el acto, respondió que no necesitaba premio alguno para emprender una accion tan grata á Dios, tan útil á los intereses de la Iglesia. Se preparó pues á ella con fervor; confesó con un fraile dominico, llamado Pigmerman, y recibió la comunión de manos de este religioso. Lo único que pidió á su amo, fué, que como él estaba seguro de morir, suplicase al rey atendiese á la subsistencia de su anciano padre.

Complió el jóven vizcaino su palabra. Como sabia bien la lengua del pais, no le fué difícil penetrar en el palacio del príncipe de Orange, á la sazón que éste daba un banquete á sus amigos. Concluido el festin, pasó el príncipe á su cuarto, y el vizcaino, que en medio de la confusion de los criados y sirvientes no le perdía de vista ni un momento, siguió sus pasos, y cuando halló ocasion, le disparó una pistola, cuya bala le atravesó las dos mejillas, sin dejarle muerto. Entonces quiso el vizcaino recurrir á otra pistola para acabarle; mas por la casualidad

de estar demasiado cargada, reventó, inutilizando la mano y la acción del asesino. Al ruido acudieron los amigos y criados del príncipe, de cuyo furor fué víctima Jáuregui en el acto. Pronto se conoció que la herida no era mortal, con lo que se sosegó algún tanto el ánimo de sus allegados.

Mas el lance pudo ser mas sério por las circunstancias que le acompañaron. Inmediatamente que fué público en Amberes, se esparcieron los rumores de que el golpe habia sido provocado por el príncipe francés, deseoso de deshacerse de una persona, cuya autoridad é influencia en el país tal vez le molestaban. No se habia borrado todavía el recuerdo de las matanzas de San Bartolomé, precedidas por el asesinato del almirante Coligny, y en que habia tomado una parte tan activa el que era entonces rey de Francia. El miedo en unos, el deseo de venganza en otros, hizo correr á las armas á los habitantes de Amberes, y estaba ya muy próximo á estallar entre ellos y los franceses un conflicto sério, cuando por casualidad se halló en los bolsillos del asesino un escrito, en que constaba su nombre y demas circunstancias que habian mediado, y dejamos referidas. Inmediatamente se apresuró el príncipe Mauricio, hijo del herido, á divulgar esta especie en la ciudad, con lo que se aquietaron los ánimos amotinados. Se expuso al público el cadáver del asesino, que se reconoció por criado de Anastro, y como éste se puso en fuga, se prendió á su secretario, cómplice del acto. Tambien se echó mano al fraile Pigmerman, y habiendo confesado los dos su participacion en el delito, fueron ajusticiados en garrote, y hechos despues cuartos, colocándose los trozos en las principales puertas de la plaza.

Curó pronto de sus heridas el príncipe de Orange, y recobró la salud que necesitaba, para dirigir con toda actividad los negocios que estaban á su cargo. En cuanto al peligro que acababa de correr, conocia demasiado las costumbres y tendencias de su siglo, para no presentir la

infinidad de puñales que habia afilado contra su pecho el decreto de proscripción del rey de España.

No se descuidaba mientras tanto el príncipe de Parma en llevar adelante las operaciones militares. Sus tropas no eran muchas, y los enemigos se habian reforzado con las que acababan de llegar de Francia. Cada vez se le hacia mas sensible la falta de los españoles y mas tropas extranjeras que habian salido del país, en virtud del último tratado de pacificación con los valones. Deseoso vivamente de su vuelta, sondeó Alejandro á los principales personajes del país que mas se habian empeñado en la expulsión, y logró con insinuaciones indirectas, no solo vencer sus repugnancias, sino hacerles desear la vuelta de las tropas extranjeras, como indispensables para llevar adelante la guerra con buen éxito. Las mismas autoridades del país le propusieron que las pidiese al rey, y Alejandro se aprovechó al momento de tan favorable disposición, haciendo ver á Felipe II la necesidad de la medida. Accedió el rey, como puede suponerse, y mandó inmediatamente que se pusiesen en movimiento para Flandes cuatro tercios españoles, que componian entre todos diez mil hombres, con lo que se aumentaron considerablemente las fuerzas del príncipe Alejandro; mas antes de su llegada, que tuvo lugar á mediados de 1582, ya habian comenzado las operaciones militares de este príncipe, y que vamos á recorrer del modo sucinto, y usado hasta ahora; pues la relacion circunstanciada de todas las batallas, sitios de plazas, y todo género de encuentros que tuvieron lugar en estas gueras, ocuparia mas espacio del que hemos destinado á toda la historia en que nos ocupamos.

Dejamos al príncipe en retirada de las inmediaciones de Cambray, por no hallarse con fuerzas suficientes para hacer cara al duque de Anjou, que á dicha plaza se acercaba. A esta especie de derrota, se siguió la pérdida del fuerte de San Guillen; mas volvió este pronto á caer en nuestras manos.

Entre tanto recelosa siempre la corte de Francia del enojo que causaria al de España la expedicion de los Países-Bajos del duque de Anjou, envió un comisionado al príncipe Alejandro, para hacerle ver la ninguna parte activa del rey en un movimiento que habia tenido lugar, sin prestarle por su parte ningun género de auxilios, y del que no podia redundarle la menor ventaja. Sin duda tuvo esta mision por objeto, el averiguar de mas cerca, si se habia creído llegado el momento de romper las paces que existian de hecho entre España y Francia; mas Alejandro, habiendo recibido cortesmente á los enviados, les respondió que era un asunto concerniente al rey, á quien debian dirigirse, y de ningun modo á su persona, pues por su parte no tenia mas negocios que el de continuar la guerra, que contra los enemigos de su rey estaba ya empezada.

El conde de Renneber, gobernador de Frisia, vuelto poco tiempo hacia al servicio del rey, acababa de morir en la flor de su edad, atribuyéndose este acontecimiento por los confederados á castigo del cielo, por haber abandonado su causa, y pasándose al rey, á quien se llamaba tirano de los Países-Bajos. Varios personajes del país desearon reemplazar al gobernador difunto; mas el príncipe de Parma prefirió para este cargo á Francisco Verdugo, capitán español, que se habia distinguido en aquellas guerras, y cuya fidelidad estaba á toda prueba. Además, reunia la circunstancia de hallarse enlazado con una de las familias mas ricas del país, y de estar personalmente interesado en la restauracion del poder del rey de España. Habiendo puesto á su disposicion bastantes fuerzas para sostener la campaña por el lado del Norte, tomó otra vez el hilo de sus operaciones por el del Mediodía.

Fué su primer movimiento de importancia embestir la plaza fuerte de Tournay, en la provincia de Flandes, en los confines del Haynault, ciudad además muy importante, por los muchos refugiados de la religion reformada que habian tomado asilo en sus muros, procedentes de

Condé, Nivelles, y otros mas puntos que acababan de caer en manos de los españoles. No pensaba el príncipe de Orange, con que el de Parma emprenderia el sitio de una plaza tan fuerte á la entrada del invierno; mas Alejandro hizo ver que era muy serio su designio, pues haciendo conducir por los rios que corren cerca de Tournay, y sobre todo el de Escalda, víveres en abundancia, municiones y piezas gruesas de batir, puso el sitio formal á la plaza el 1.º de octubre de 1581. Estaba ausente á la sazón el gobernador Pedro Melun, príncipe de Espinois; mas suplía á la sazón sus veces Francisco Diobiou, capitán valiente y experimentado, quien no hizo sentir la falta del antiguo jefe, aunque tambien concurrían en la persona de éste prendas de militar valiente y experimentado. Se preparó animosa la guarnicion á todos los azares del sitio, y en la decision del vecindario, encontró el gobernador auxilios de grandísima importancia.

Comenzó el ataque de los españoles por el del baluarte de San Martin, situado en la puerta de este nombre, y como aislado del resto de las fortificaciones. Después de varias embestidas, en que los enemigos hicieron gran resistencia, se apoderaron los nuestros de los fosos, y por medio de escalas llegaron á lo alto de los muros, de que se apoderaron; ventaja de consideracion, pues desde dicho fuerte dominaban el resto de la plaza.

El gobernador, príncipe Espinois, en la imposibilidad de penetrar con auxilios en Tournay, se situó en Oudenarda, á tres leguas de distancia, con objeto de hacer reconocimientos y hostilizar las líneas de los sitiadores; mas sus tropas enviadas á este fin, fueron rechazadas por las de Alejandro, quien no perdonó medio alguno de alejar constantemente al enemigo de las inmediaciones de la plaza.

Cuando mas empeñado se hallaba en sus operaciones, vino á aumentar el entusiasmo de sus tropas la noticia de una victoria, conseguida por Francisco Verdugo, en Frisia, contra Adolfo de Nassau y el coronel inglés Norris,